



EL CEREBRO DE ANDREW

E. L. DOCTOROW

EL CEREBRO
DE ANDREW

Traducción de Carlos Milla e Isabel Ferrer

m...
miscelánea

Título original: *Andrew's Brain*

Copyright © 2014 by E.L. Doctorow

Primera edición: septiembre de 2014

© de la traducción: Carlos Milla e Isabel Ferrer
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.
Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.
08003 Barcelona
www.miscelaneaeditores.com
info@miscelaneaeditores.com

Impreso por RODESA
Villatuerta (Navarra)

ISBN: 978-84-9918-764-8
Depósito legal: B-16.047-2014
Código IBIC: FA

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Para M.

I

Puedo hablarle de mi amigo Andrew, el científico cognitivo. Pero no es agradable. Una noche se presentó con un bebé en brazos ante la puerta de su exmujer, Martha. Porque Briony, su joven y encantadora esposa posterior a Martha, había muerto.

¿De qué?

A eso ya llegaremos. No puedo hacer esto yo solo, dijo Andrew cuando Martha fijó la mirada en él desde el umbral de la puerta abierta. Casualmente esa noche nevaba, y Martha quedó subyugada por los blandos copos, semejantes a diminutas criaturas, que se posaban en la visera de la gorra de los Yankees que llevaba Andrew. Así era Martha, siempre encandilada por detalles periféricos como si les pusiera música. Incluso en circunstancias normales, era una persona de reacciones lentas, y te miraba con una expresión de incredulidad en sus ojos saltones, grandes y oscuros. Después llegaba la sonrisa, o el gesto de asentimiento, o el cabeceo. Mientras tanto el calor de su casa escapaba por la puerta abierta y empañaba las ga-

fas de Andrew. Él permanecía allí inmóvil detrás de sus lentes empañadas como un ciego bajo la nieve, carente de toda voluntad, cuando por fin ella tendió los brazos, cogió con delicadeza al bebé bien arropado, retrocedió y le cerró la puerta en las narices.

Eso ocurrió, ¿dónde?

Martha vivía por entonces en New Rochelle, un barrio residencial de las afueras de Nueva York con casas grandes de distintos estilos —tudor, colonial holandés, neogriego—, construidas en su mayoría a lo largo de las décadas de 1920 y 1930, edificaciones apartadas de la calle, siendo los árboles predominantes los arces reales, altos y viejos. Andrew corrió hasta su coche y regresó con un maxicosi, una maleta y dos bolsas de plástico con los artículos necesarios para un bebé. Aporreó la puerta: ¡Martha, Martha! Tiene seis meses, tiene un nombre, tiene una partida de nacimiento. Está todo aquí, abre la puerta, Martha, por favor; no pretendo abandonar a mi hija, ¡solo necesito un poco de ayuda, necesito ayuda!

La puerta se abrió y apareció el marido de Martha, un hombre corpulento. Deja todo eso en el suelo, Andrew, dijo. Andrew obedeció, y el marido corpulento de Martha volvió a plantarle al bebé en los brazos. Siempre has sido una calamidad, dijo el marido corpulento de Martha. Lamento la muerte de tu joven esposa pero me figuro que ha muerto por alguno de esos estúpidos errores tuyos, alguna negligencia inoportuna, uno de tus experimentos mentales o tus famosas distracciones intelectuales, pero en cualquier caso algo que nos recordaría a todos

ese don tuyo para dejar a tu paso un reguero de desgracias.

Andrew puso al bebé en el maxicosi que estaba en el suelo, cogió el maxicosi y volvió lentamente a su coche, casi perdiendo el equilibrio en el camino resbaladizo. Fijó el maxicosi en el asiento trasero con el cinturón de seguridad, regresó a la casa, recogió las bolsas de plástico y la maleta y las llevó al coche. Cuando lo tuvo todo bien colocado, cerró la puerta, se irguió, dio media vuelta y se encontró a Martha allí de pie con un chal sobre los hombros. De acuerdo, dijo ella.

[*pensando*]

Siga...

No, solo pensaba en algo que leí sobre la patogénesis de la esquizofrenia y el trastorno bipolar. Los biólogos del cerebro llegarán a eso con su secuenciación genética, encontrarán las variaciones en el genoma: esos acaparadores de proteínas vinculados a la teleología. Les asignarán números y letras, quitando una letra por aquí, añadiendo un número por allá, y la enfermedad ya no existirá. Así que este tratamiento oral suyo, doctor, tiene los días contados.

No esté tan seguro.

Créame, se quedará en el paro. ¿Qué podemos hacer, en tanto consumidores del fruto del árbol del conocimiento, sino biologizarnos? Erradicar el dolor, prolongar la vida. ¿Quiere otro ojo, digamos, en el cogote? Eso tiene fácil arreglo. ¿Prefiere el recto en la rodilla? Ningún problema. Incluso es posible ponerle alas, si quiere, aunque el resultado no sería volar a gran altura sino más bien a

brincos gigantes, megazancadas en flotación, como cuando uno va por esas cintas en movimiento de los largos pasillos de los aeropuertos, esas que parecen escaleras mecánicas aplanadas. ¿Y cómo sabemos que Dios no querría una cosa así, perfeccionar su pifia, su imperfecta idea de la vida como trastorno irremediable? Nosotros somos su plan B, su mecanismo de seguridad ante posibles fallos. Dios actúa a través de Darwin.

¿Al final Martha se quedó con el bebé, pues?

También pienso en cómo nos corrompemos en nuestros ataúdes en descomposición, y en cómo nos reencarnamos, nuestros minúsculos fragmentos microgenéticos succionados y depositados en la panza de un gusano ciego que luego, sin saber por qué, sale a la superficie para reptar por la tierra empapada de lluvia y acabar muriendo en el afilado pico de una ratona común. Eh, que eso es mi identidad fragmentada, mi genoma vivo cagado desde el cielo, que aterriza con un plop en la rama de un árbol y gotea desde la rama como una venda mojada. Y he aquí que me convierto en el nutriente de un árbol que lucha por su vida. Porque es así, ¿sabe? Esas criaturas vasculares, inamovibles y firmes pugnan entre sí en silencio por su existencia como hacemos nosotros, los árboles por el mismo sol, la misma tierra en la que echan raíces, y esparciendo las semillas que se convertirán en sus enemigos en el bosque, como lo eran los príncipes para los reyes, sus padres, en los imperios antiguos. Pero no están del todo quietos. Con un viento fuerte, ejecutan su danza de la desesperación, meciéndose los árboles muy frondosos de aquí para allá, alzando sus brazos en desvalida fu-

ria por ser lo que son... En fin, del antropomorfismo a oír voces no hay más que un pequeño paso.

¿Oye voces?

Ah, ya sabía yo que eso captaría su atención. Normalmente cuando empiezo a conciliar el sueño. De hecho, cuando las oigo, sé que estoy conciliando el sueño. Y eso me desvela. No quería contárselo y, sin embargo, ya ve, se lo cuento.

¿Qué dicen?

No lo sé. Cosas raras. Pero en realidad no las oigo. O sea, sin duda son voces, pero a la vez son insonoras.

Voces insonoras.

Sí. Es como si oyera los significados de las palabras que se pronuncian sin el sonido. Oigo los significados pero sé que son palabras pronunciadas. En general por personas distintas.

¿Quiénes son esas personas?

No conozco a ninguna. Una chica me pedía que me acostara con ella.

Bueno, eso es normal: los hombres sueñan esas cosas.

Era más que un sueño. Y yo no la conocía. Una chica con un vestido veraniego hasta los tobillos. Y calzaba zapatillas deportivas. Tenía unas sutiles pecas bajo los ojos, y su cara parecía pálida, como iluminada por el sol, incluso cuando estaba a la sombra. ¡De una belleza que pararía el corazón! Me cogía de la mano.

Bueno, eso es más que una voz, desde luego más que una voz insonora.

Lo que ocurre, creo, es que oigo el significado y aporto una ilustración en mi mente...

Bien, pues, ¿podríamos volver a Andrew, el científico cognitivo?

Observo que me resisto a contarle que también oigo voces insonoras en mi vida cotidiana, cuando estoy en pie. Pero ¿por qué no iba a contárselo? Por ejemplo, una mañana, de camino al trabajo, mientras esperaba en un semáforo después de coger el café y el periódico en la tienda de comida preparada. Mientras veía cambiar los dígitos rojos de los segundos en la cuenta atrás. Y una voz dijo: *Ya que está aquí, ¿por qué no arregla la puerta mosquitera?* Fue tan real, tan cercana a una voz sonora real, que me volví para ver a quién tenía a mis espaldas. Pero no había nadie, en esa esquina estaba yo solo.

¿Y cuál fue la ilustración que aportó usted al oír ese comentario?

Era una mujer mayor. Me coloqué a mí mismo en el umbral de la puerta de su cocina. Era una especie de granja un tanto ruinosas, que podía estar en el oeste de Pennsylvania. En la era había una furgoneta de plataforma vieja. La mujer llevaba una bata descolorida. Apartó la vista del fregadero, sin sorprenderse en absoluto, y dijo eso. En la mesa de la cocina una niña dibujaba con una cera. ¿Era la nieta de esa mujer? Yo no lo sabía. Me miró y volvió a su dibujo y de pronto lo tachó todo violentamente con su cera: aquello que había dibujado, fuera lo que fuese, ahora lo destruía.

¿Es en realidad usted ese hombre a quien presenta como su amigo Andrew, el científico cognitivo que llevó a un bebé a la casa de su exmujer?

Sí.

¿Y está diciéndome que soñó que se escapaba y de repente aparecía ante la puerta mosquitera de una granja un tanto ruinoso no se sabe muy bien dónde?

Bueno, no era un sueño, era una voz. Procure prestar más atención. Esa voz me trajo a la memoria cómo me sentí cuando necesitaba alejarme después de morir el bebé que tuve con Martha y, con él, también mi vida con Martha. Me daba igual ir a un sitio o a otro. Cogí el primer autobús que vi en la estación. Me dormí en el autobús, y cuando desperté, avanzaba por una tortuosa carretera de montaña del oeste de Pennsylvania. Paramos ante una pequeña agencia de viajes en uno de aquellos pueblos y me apeé para dar una vuelta por la plaza: eran las dos o las tres de la madrugada; lo poco que allí había —una farmacia, un todo a cien, un enmarcador, un cine, una especie de juzgado románico ocupando un lado entero de la plaza— estaba todo cerrado. En el recuadro de hierba muerta, parduzca, se alzaba una estatua ecuestre, verdinegra, de la Guerra de Secesión. Para cuando regresé a la agencia de viajes, el autobús ya se había marchado. Así que salí del pueblo a pie, por las vías del ferrocarril, dejando atrás unos almacenes, y al cabo de tres o cuatro kilómetros —ya amanecía— me topé con esa granja un tanto ruinoso, de apariencia desparramada. Tenía hambre. Entré en la era. Como allí no vi señales de vida, rodeé la casa hasta la parte de atrás y me encontré ante una puerta mosquitera. Y allí estaban aquellas dos, tal como las había imaginado o creído imaginar, la niña y la vieja. Y la vieja era quien había hecho ese comentario la mañana que yo estaba con mi café y mi periódico

en Washington, esperando a que cambiara el semáforo.

¿Lo que está diciendo, pues, es que se escapó y se encontró ante una puerta mosquitera real en una granja un tanto ruinoso en algún lugar de Pennsylvania que se había representado antes?

No, maldita sea. No es eso lo que afirmo. Sí cogí ese autobús y el viaje fue tal como lo he contado. El pueblo de mala muerte, la pequeña granja. Y es verdad que, cuando llegué a la casa, esas dos personas estaban en la cocina, la vieja y la niña con las ceras. También había un rollo de papel matamoscas colgado de la lámpara del techo, negro de tantas moscas como tenía pegadas. Así que era todo muy real. Pero nadie me pidió que arreglara la puerta mosquitera.

¿No?

Fui yo quien propuso arreglarla. Estaba cansado y tenía hambre. No vi por allí a ningún hombre. Pensé que si me ofrecía a hacer algún apaño, me dejarían lavarme, me darían algo de comer. No quería caridad. Así que sonreí y dije: Buenos días, estoy un poco perdido, pero veo que la puerta mosquitera necesita reparación y creo que puedo arreglarla si me ofrecen un café. Me había fijado en que la puerta no cerraba bien, la bisagra superior se había desprendido del quicio, la malla estaba floja. Como puerta mosquitera no servía para nada, razón por la que habían colgado el papel matamoscas del cable de la lámpara del techo. Así que, ya lo ve, no fue una visión sobrenatural lo que me llevó allí. Yo había cogido ese autobús y visto esa granja y a esas dos personas y luego lo había borrado todo hasta esa mañana en Washington, cuando esperaba en la

esquina, atento a los dígitos rojos de la cuenta atrás, y oí...

¿Por esas fechas trabajaba en Washington?

... sí, como asesor del Gobierno, aunque no puedo explicarle qué hacía... y oí la voz de la vieja decir más o menos lo que yo había dicho cuando aparecí frente a su puerta mosquitera. Solo que en su voz las palabras tenían un tono sentencioso, como si yo le hubiera ofrecido una percepción de mi desventurada existencia, algo así como: «Ya que está aquí, ¿por qué no hace algo útil por una vez y arregla la puerta mosquitera?». Existe un término en su manual para esta clase de experiencias, ¿verdad que sí?

Sí. Pero no sé bien si estamos hablando de la misma clase de experiencias.

Nosotros también tenemos nuestro manual, ¿sabe? Su campo es la mente; el mío es el cerebro. ¿Coincidirán alguna vez los dos? Lo importante de ese viaje en autobús es que yo había llegado al punto en que tenía la sensación de que todo lo que hiciese causaría daño a toda persona por quien sintiese afecto. ¿Puede usted concebir lo que es eso, señor Analista, ahí sentado en su butaca ergonómica? Yo no podía saber con antelación cómo evitar un desastre; era como si, hiciera lo que hiciese, después fuera siempre a ocurrir algo espantoso. Así que cogí ese autobús, solo para escapar, me daba igual. Quería comprimir mi vida, dedicarme a tareas cotidianas insignificantes y mecánicas. Pero no lo conseguí. Él lo dejó muy claro.

Él ¿quién?

El marido corpulento de Martha.



Cuando Andrew cruzó la puerta de entrada, vio al marido corpulento de Martha ponerse el abrigo y el sombrero y a Martha subir por la escalera con el bebé en brazos a la vez que le retiraba la pequeña capucha y recorría la cremallera del mono. Andrew reparó en la casa amplia y bien equipada, mucho más suntuosa que aquella en la que vivieron Martha y él cuando eran marido y mujer. El suelo del vestíbulo era de parquet oscuro. A la izquierda, de reojo, vio un cómodo salón con muebles tapizados y una chimenea con el fuego encendido, y en la pared, sobre la repisa, el retrato de lo que tomó por un zar ruso con un largo manto, una cruz ortodoxa colgada de una cadena y una corona que parecía un gorro bordado. A la derecha había un gabinete con las paredes revestidas de libros donde se hallaba el Steinway negro de Martha. La escalera, cubierta por una alfombra de color rojo oscuro con varillas de latón en la base de los peldaños, se curvaba elegantemente a la par que la balaustrada de caoba a la que Martha no se sujetaba mientras ascendía con el bebé en brazos. Martha vestía pantalón. Andrew se fijó en que conservaba la silueta y, sin querer, ponderó, como no había hecho en muchos años, la forma y la firmeza de su trasero. Por su parte, el marido corpulento de Martha llevaba uno de esos abrigos sin hombreras con el cuello caído por detrás a modo de capa y mangas acampanadas. Nadie se ponía ya abrigos como ese. El sombrero, un modelito informal indeformable, era demasiado pequeño para la cabeza del marido corpulento de Martha.

Martha, sin volverse, dijo: Ve con él, Andrew, empleando el mismo tono imperioso y quedo de cuando estaban casados.

Andrew corrió hasta el coche y abrió la puerta del acompañante. Dio gracias al ver que el marido corpulento de Martha conseguía acomodarse en el asiento. Y se pusieron en marcha camino de la taberna preferida del marido corpulento de Martha. Este dio mudas indicaciones a Andrew, señalando a izquierda y derecha en las travesías, gruñendo e indicando el aparcamiento cuando llegaron. Era un bar en un centro comercial. Andrew previó una conversación, cierto grado de entendimiento —al fin y al cabo tenían en común la experiencia de una misma esposa—, pero una vez sentados a la barra con sus bebidas delante en vasos altos de cristal tallado, y aunque esperó a que la conversación se iniciara, el marido corpulento de Martha no habló. Así que Andrew dijo algo parecido a lo que sigue:

Todo lo que piensas de mí es verdad. Es verdad que maté por accidente a la hija que tuve con Martha: con la mejor intención, le administré el medicamento que, según creía, había recetado nuestro pediatra. El farmacéutico se equivocó de medicamento, y yo no estaba todo lo atento que debería haber estado —había dedicado una larga jornada a mi tesis en ciencia cognitiva y trabajado horas en el laboratorio, sin contar las reuniones de departamento y demás—, y le administré diligentemente el medicamento con un cuentagotas en la boquita. Lo hice durante toda la noche cada dos horas, hasta que la niña dejó de llorar y estaba muerta. Yo no sabía que es-

taba muerta, pensé que por fin se había dormido. Cansado, también me acosté; me tocaba a mí quedarme en vela con la niña enferma porque Martha estaba agotada: se había pasado todo el día dando sus clases magistrales de piano, y a fin de cuentas, yo era el hombre. Lo que me despertó fueron los gritos de Martha: no eran humanos, era el sonido de un enorme animal del bosque con la pata atrapada en un cepo de acero, y quizá ni siquiera un animal del presente, sino algo así como su versión paleontológica.

El marido corpulento de Martha, mirando el espejo azul situado detrás de la barra, dijo: Cuando un animal ve que la pata se le ha quedado atrapada en un cepo, ¿sabes qué hace para liberarse? Se arranca la pata a mordiscos. Pero naturalmente queda para siempre impedido, incapaz de sustentarse mínimamente y llevar una vida normal.

Te refieres a Martha, dijo Andrew.

Sí. Y por lo tanto yo también soy un lisiado permanente, después de casarme por amor con una mujer irremediablemente quebrantada que ya no puede ejercer su profesión. Gracias a sir Andrew el Simulador.

¿Ese soy yo, sir Andrew el Simulador?

Sí, aquel cuya ineptitud bienintencionada, amable, encantadora, bondadosa es el modus operandi de los asesinatos más mortíferos. Tomemos otra.

Cuando Andrew levantó su vaso para apurar la bebida rápidamente y saldar la deuda moral con el marido corpulento de Martha tomando otra, cosa que en realidad no le apetecía, el vaso se le resbaló de la mano. En el in-

tento de atraparlo, arrastró con el borde de la manga de la chaqueta el cuenco de cacahuets de la barra y, aturullado por la repentina obligación de enmendar dos cosas simultáneamente, las perdió las dos, el vaso y su contenido, incluidos los cubitos de hielo y la rodaja de lima, seguidos por la cascada de cacahuets, que cayó sobre el regazo del marido corpulento de Martha.

¿Le ofendió lo que le dijo el marido corpulento de Martha? ¿Se enfadó por eso?

No, es cantante de ópera. La ópera es el arte de las emociones desatadas. Pasa algo, y ellos cantan sobre eso durante horas. Lo que dijo, aunque expresado con una voz de bajo barítono rebosante de grandes e intimidatorias resonancias zaristas, era verdad. No podía ofenderme ni enfadarme, y no solo porque ya supiera eso de mí mismo, sino porque, además, en mi cerebro hay una cesura, debido a lo cual el honor, entre otras virtudes, es algo con lo que no conecto. No tengo ni una pizca. Muy en el fondo, en lo más profundo de mi alma, si es que existe, eso que hice en último extremo no me conmueve. Un asomo de pesar por los bebés muertos, por las esposas muertas, por los incendios que he provocado sin querer, y todos esos desastres pueden empujarme a huir corriendo en sueños a un lugar donde no puedo causar ningún daño, pero en esta vida de vigilia soy insensible a mi culpabilidad.

Pero después del espantoso suceso de la muerte del bebé, usted sí se subió a un autobús con destino al oeste de

Pennsylvania. ¿No es así? ¿O ahora está diciéndome que todo eso fue un sueño?

No, lo que sucedió fue realmente tal como lo describí.

Siendo así, ¿no huía usted, pues, tanto en su vida de vigilia como en sus sueños? Eso no parece propio de alguien insensible a su culpabilidad.

Pueden darse momentos así, pero no son lo más característico, son accesorios al estado de ánimo predominante. Vestigios de la poca humanidad que quizá tuviera en otro tiempo.

Ya veo.

Porque la verdad es que sencillamente me encojo de hombros y sigo adelante. Pese a mi bondad, pese a lo bienintencionado y servicial que trato de ser, en último extremo no tengo sentimientos, para bien o para mal. En las profundidades de mi ser, pase lo que pase, me quedo frío, inaccesible a los remordimientos, al dolor, a la felicidad, aunque puedo fingir tan bien que incluso me engaño a mí mismo. Lo que intento decir es que en último extremo soy del todo imperturbable. Mi alma reside en un estanque de silencio quieto, profundo, hermoso, desprovisto de emociones, plácido y frío. Pero no me engaño. Lo que soy es un homicida. Y para colmo de males soy incapaz de castigarme, de quitarme la vida en un acto de desesperación por los estragos que he causado en vidas ajenas, de bebés desvalidos o de mujeres que he amado. Y eso es lo que el marido corpulento de Martha, el cantante de ópera, no entendía cuando me condenó, quizá con la esperanza de que yo viera la luz y me suicidara. [*pensando*] Cosa que yo nunca haría, claro.

Así que ahora, finalmente, Martha tenía un bebé, un sustituto de su hija perdida.

No me lo planteé así. No era mi intención darle el bebé sin más. Solo necesitaba ayuda. Durante un año o dos. Seguía en estado de shock por la muerte de Briony. Pero Martha se apropió de la niña como si fuese la madre legítima.

¿Eso le molestó?

No estaba en posición de discutir. ¿Es que tengo que explicárselo todo punto por punto? ¿Tan obtuso es? Yo había matado a un bebé. ¿Quería usted que matara a otro? Da igual, ya volveré a conectar con ella algún día. Tiene los ojos azul claro de Briony. El mismo pelo rubio y la misma piel clara.

¿Es verdad, como decía el marido corpulento de Martha, que tuvo usted cierta responsabilidad en la muerte de su mujer?

No del todo.

¿Y eso qué significa?

Fue indirecta... no directamente causal.

¿Qué ocurrió, pues? ¿Se refiere a que murió en el parto?

No, no me refiero a eso.

¿Cómo murió?

No quiero hablar del tema. [*pensando*] Sí puedo decirle que Andrew, después de matar al bebé que tuvo con Martha, aceptó una plaza de profesor adjunto mal remunerada en una pequeña universidad estatal, allá en el oeste, de la que nunca había oído hablar.

¿Por qué?

¿Usted qué cree? Porque estaba lejos. Porque Martha, después de divorciarse, se complacía en dejarse ver frente al edificio de Andrew cuando él volvía a casa del trabajo. Martha daba una calada al cigarrillo, lo tiraba al suelo, lo pisaba y se marchaba.

A ojos de ella, pues, era usted el único culpable: usted y únicamente usted.

¿Quién iba a ser, si no?

¿Y qué me dice del farmacéutico? ¿Pensó usted en demandarlo?

Dios mío, no se imagina ni remotamente cómo se borra la realidad social después de algo así, ¿verdad que no? La toma de conciencia de que lo que uno ha hecho es inalterable, ilumina todo el cerebro. ¿Poner una demanda? ¿Existía redención en eso? ¿Qué podía ganarse? ¿Dinero? Cielo santo, no sé ni por qué hablo con usted. ¿Poner una demanda nos habría devuelto al bebé? ¿Y a quién íbamos a demandar? ¿Al pediatra que dictó la receta por teléfono? ¿Al farmacéutico que la preparó? ¿Al repartidor que la trajo? ¿Dónde se había torcido la cosa? ¿A quién tendríamos que haber demandado? Yo podría haber leído la etiqueta. Podría haberme demandado a mí mismo. El medicamento lo administré yo. Martha solo vio eso: que en último extremo el autor fui yo, yo y nadie más que yo.

Y usted coincidió con ella.

Sí. Fui yo, sin lugar a dudas.

Y aquí tenemos ahora a Andrew, autoexiliado en esa universidad estatal en las estribaciones de una cordillera,

los Wasatch. Al principio me gustaba la montaña. Llegué a primeros de septiembre, al final de un verano aún caluroso con restos de nieve del invierno anterior en las cumbres. Eso me dio una percepción del mundo no humano en que vivimos. Es lo que pasa cuando uno sale de la ciudad. A los estadounidenses les gusta montarse en las atracciones de ese mundo.

¿Cómo es eso?

Bajar esquiando por una montaña: esa es una de las atracciones gratuitas. Las olas gigantes, los ríos de aguas blancas. Un viento en el que quedar suspendido. Las atracciones gratuitas del planeta. Ahí están todas ellas, para que uno se monte o se apee o se mate.

Ya veo. Resultó, pues, ser un buen cambio de escenario para usted.

En realidad no. Usted nunca ha vivido al pie de una montaña, supongo. Los Wasatch regían aquella ciudad. Después de uno o dos días tomé conciencia de la verdad. Te levantabas por la mañana, y allí estaban. Parabas en una gasolinera, y allí estaban. Allí estaban en su impávida inmensidad, y no había más vueltas que darle. Te colonizaban. Negociaban la luz, tenían que autorizar su paso antes de que te llegara a ti.

No lo entiendo.

Absorbían la luz, le permitían rebotar hacia abajo o la succionaban a su antojo. Era una especie de burocracia montañosa, y nadie podía hacer nada al respecto, y menos el sol. La universidad tenía un acuerdo con un motel de la zona para alojar a los profesores visitantes. Cocina con encimera de formica. Muebles de contrachapado. Y

cortinas de colores turquesa y teja para insinuar el patrimonio indioamericano. Las montañas también hacían eso: invitar a una cultura colectiva. Para la universidad, yo era un intento no muy convencido de ampliar la oferta. Era el Departamento de Ciencias del Cerebro formado por un solo hombre. No tenía a nadie con quien hablar. Mis colegas, si es que eran eso a su manera educada y distante, eran un tostón. Me sentía solo y desdichado.

Un día, cuando Andrew pasaba ante el gimnasio de la universidad, un edificio muy semejante a un hangar de aviación, vio a través de las puertas abiertas a toda una población de gimnastas y atletas: saltadores de longitud, saltadores de altura, corredores de vallas, lanzadores de peso, pertiguistas, anillistas, especialistas en caballo con arcos, en barra de equilibrio, en cama elástica. La intensidad, la concentración de cada uno de ellos en lo que hacía, moviéndose en un esfuerzo diferenciado y abstraído a la vez que permanecían ajenos a todos los demás, indujo a Andrew a pensar en una cultura de sinuosas moléculas de ADN, de modo que si esperaba tiempo suficiente, todas esas sinuosidades que saltaban y se elevaban y giraban se unirían en la doble hélice de un código genético. Lo atrajo en particular una de las gimnastas que se ejercitaba en la barra fija, una rubia balanceándose en lo que podría haber sido un bañador de una sola pieza. Parecía más humana que el resto, como si realmente se deleitase en el ejercicio. Pero ese balanceo era preparatorio: en cuanto alcanzó la velocidad necesaria, ascendió hasta

quedarse en posición vertical, cabeza abajo, recta como una flecha, para empezar luego a caer lánguidamente hacia atrás en una secuencia de rotaciones de trescientos sesenta grados, con una parada en lo alto para crear suspense. Inició a continuación otro giro, pero esta vez hacia delante, como la manecilla enloquecida de un reloj. Andrew, que no deseaba que lo sorprendieran mirando, se apresuró a reanudar su camino cuando ella completó el ejercicio con una última vuelta, un salto por el aire y un aterrizaje perfecto, semiflexionando las rodillas y extendiendo los brazos.

Y eso me recuerda que una vez vi a una mujer ejecutar una voltereta entera en el aire, un giro de trescientos sesenta grados en pleno vuelo, antes de pisar el suelo ágilmente con los pies descalzos. Cualquiera habría dicho que era imposible.

¿Y eso dónde ocurrió?

Saltó al aire no desde una plataforma, sino desde el suelo de lo que me pareció un estudio de danza o algo así, y luego se agarró los tobillos y se aovilló en su extraordinario giro por el aire. Vestía una camiseta de hombre, una de esas en canalé con tirantes, y bombachos plisados de perneras ahusadas, y no me miró en busca de aprobación una vez completado el ejercicio. Una mujercita de baja estatura, morena, del montón pero con unas buenas pantorrillas redondeadas y pies esbeltos que se ensanchaban en el metatarso. En cambio, el hombre, su supuesto representante, el tipo grande y fornido que me había llevado a

ver aquello, dijo, ¿Qué le parece? Y tuve que contestarle que había que desarrollar más el número. El ejercicio solo duraba unos segundos. Eso no basta como entretenimiento para toda una velada, le expliqué. ¿Por qué diría una cosa así? ¿A mí qué más me daba?

¿Bombachos? ¿Eso era un sueño?

Después me enteré de que el individuo tenía por costumbre abusar de la saltimbanqui. Para demostrármelo, me llevaron a mirar por la ventana de un dormitorio contiguo mientras él, colocándose encima, la comprimía y aplastaba.

Ese fue su sueño, pues.

Se muere de ganas de que sea un sueño. Si lo fue, puede que ocurriera después de ver a Briony en la barra fija. Si ocurrió antes, antes incluso de establecerme en el oeste, puede que no fuera un sueño. Pasé un tiempo en Europa del Este, pero ¿cómo iba usted a saberlo? Estudié durante un año en Praga. No tenían dinero, los checos. La colosal Rusia no les quitaba el ojo de encima. Los agentes de su propia policía secreta, cuando estabas sentado en el banco de un parque, salían de pronto de entre los arbustos, vestidos con monos de color azul pastel, y te sacaban una foto. También estuve un tiempo en Hungría, en Budapest. Allí hay una calle por la que pasó la Segunda Guerra Mundial, primero en un sentido, cuando los alemanes avanzaban y los rusos retrocedían, y luego en sentido contrario, cuando los rusos avanzaban y los alemanes retrocedían. Una única calle para que la guerra entrara y saliera. Y allí, en un gran solar, cerca de un instituto, había una enorme fosa común, los cráneos y los fé-

mures apenas bajo tierra. Así que es posible que no fuera un sueño. Por otro lado, no recuerdo esa voltereta como cuando se recuerdan las cosas en un contexto concreto. Dónde y cuándo exactamente. Así que es posible que sí fuera un sueño. Lo único que puedo decir es que es un recuerdo oscuro, de mala calidad, como una película muda parpadeante, y que ocurrió en una sala mísera con los suelos astillados y las ventanas sucias, y por lo tanto no fue algo que ocurriese siquiera como un sueño bajo el gran cielo de los amplios espacios abiertos del democrático Lejano Oeste. Pero el vínculo gimnástico con Briony me recuerda lo distanciados que estábamos, no solo por edad y posición social, sino por cómo concebíamos nuestras vidas o, para ser más exactos, nuestras expectativas de lo que la vida ofrecía con arreglo a su naturaleza tal como nosotros la entendíamos.

¿Y ahora de quién hablamos?

Fue extraño ver en la cara de esa joven universitaria adorable y magníficamente viva algo semejante a una luz interior como un medio para comprender mi propia existencia sombría, parte de la cual quizá se desarrollara en un mísero estudio de danza adonde me llevaron a contemplar a una mujer en bombachos y camiseta transformarse en un proyectil volador.

Entonces, ¿volvió a verla, a esa atlética universitaria?

Oiga, que tenía un nombre.

Briony.

Mi futura esposa.



El primer día de su clase de Ciencias del Cerebro de nivel básico, Andrew escribía su nombre en la pizarra cuando la tiza se partió en dos. «And...» fue hasta donde llegó, y cuando se volvió para buscar el trozo de tiza errante que había pasado volando junto a su oreja, golpeó el atril, que quedó torcido, y los libros que había puesto en él resbalaron y cayeron al suelo. Oyó las risas de los alumnos. Y entonces Briony, en aquella aula luminosa y fosforescente con las montañas observando desde el otro lado de la ventana, se levantó de su silla en la primera fila y recogió los libros y la tiza. A diferencia de los demás, no llevaba vaqueros: lucía un vestido largo amarillo claro con tirantes y las zapatillas deportivas que todos calzaban. La combinación arrancó una sonrisa a Andrew. La chica era una belleza esbelta y trigueña, de piel tan clara que parecía que la luz del sol era una de sus cualidades. Andrew le dio las gracias por su gentileza y siguió con la clase. Ella, allí sentada, con las zapatillas de deporte apuntadas una hacia la otra bajo aquel vestido largo, permaneció con la cabeza inclinada sobre su pequeño portátil mientras tomaba apuntes; una alumna seria, escuchando con la cabeza gacha sobre el pupitre. Andrew pensó en sus piernas bajo ese vestido.

Y de pronto cayó en la cuenta de que esa era la chica de la barra fija.

Buenos días, alumnos. *Buenos días, vestido amarillo claro y zapatillas deportivas.* Hoy iniciaremos nuestra exploración de la conciencia, el terreno de todo significado, la

condición necesaria y suficiente del lenguaje, el principio de todos los buenos días. La conciencia... *no lo que utiliza para enfrentarse al mundo ese patán de párpados caídos repantigado a tu lado, sino lo que queda cuando borráis todos los supuestos, descartáis los afectos, elimináis a la familia, el colegio, la iglesia y la nación en los que habéis formado vuestro ser... desecháis la saturación tecnológica de la civilización, cortáis todos los cables de todos los circuitos, incluidas las conexiones con vuestros mecanismos internos, vuestros trastornos intestinales, vuestros apetitos, lo que os escuece, lo que sangra o produce lágrimas o los crujidos en las articulaciones al levantaros de una silla, cuando dejas, aunque sea de mala gana, de contemplarme con los labios separados y la respiración contenida, cómo resuena mi voz en ti, cómo mi mirada ilumina tus regiones inferiores, y flotáis libremente y desconectados en vuestro propio espacio virtual negro y sin estrellas. Y por lo tanto no tenéis nada a qué agarraros, nada a lo que adherir el pensamiento, ninguna imagen, ningún sonido, ningún olor, ninguna sensación física de ninguna índole. No estáis en un lugar, sois el lugar. No estáis aquí, estáis en todas partes. No estáis en relación con nada más. No hay nada más. No hay nada en lo que podáis pensar salvo en vosotros mismos pensando. Estáis en la profundidad abisal de vuestra propia alma.*

Oh, adorable acróbata, es verdad que quizá seamos presencias inmatrimales en nuestros seres, simples corrientes en el océano de nuestras moléculas. Pero ¡ánimo! Deja que tus deseos más descabellados te traigan de regreso a la tierra, a la cultura, a la ciudadanía, a tus necesidades corporales. A mí. ¡Tengo tanto que en-

señarte! Y el amor es la conmoción cerebral que nos deja insensibles a la desesperación.

Eso no me parece propio del Andrew al que yo conozco.

Delante de una clase soy otro hombre.

Se enamoró perdidamente, pues.

Bueno, admito que me sentía vulnerable. Pero ella era francamente espectacular. Algo pasa en el corazón, ¿sabe? Uno reconoce la vida tal como debería ser. Y lo que uno tomaba por vida eran solo las sombras en la caverna.

¿Qué caverna?

Veo que no ha leído a Platón, doctor. El sitio donde vive la mayoría de las personas, la mayoría de nosotros, imaginando que es el mundo real iluminado por el sol cuando es solo una caverna iluminada por las fogatas titilantes de la ilusión. Briony estaba allí al sol. Al principio yo era un viejo rijoso; evolucioné de inmediato hasta convertirme en un adorador henchido de veneración, y luego, cuando la cosa se puso realmente mal, sentí que no podía vivir sin ella.

Buenos días, alumnos. *Buenos días rodilla rosada y atisbo de la curva inferior del muslo, hoy con su minifalda vaquera.* Quizá hayáis dado por supuesto a raíz de nuestra última clase que mi argumentación era solo teórica, que naturalmente no hay existencia sin mundo, y por tanto no hay mente aislada al margen de su implicación en el mundo.

La conciencia sin mundo es imposible, igual que no hay visión sin luz con la que ver. ¿Es esa vuestra objeción? ¿Es así, querida mía? *Inclinada sobre su ordenador, la cara encuadrada en la caída del pelo.* Bien, pues, echemos un vistazo a este sólido mundo real vuestro. Tiene una plataforma en el espacio y esa plataforma tiene una historia de vida animada. Hasta aquí, todo bien. Pero fijaos, no parece haber una condición necesaria o suficiente para la animación, se produce sean cuales sean las condiciones. Podría pensarse que necesita aire, pero no es así; que necesita ver u oír o trotar, o nadar o volar o quedarse colgada por la cola de la rama de un árbol, pero no es así. No requiere ninguna forma o tamaño en particular o ninguna provisión del universo mineral en particular a fin de ser vida; puede surgir de cualquier cosa. Puede vivir bajo el agua o en una mota de polvo, en el hielo o en agua marina hirviendo, puede tener ojos u orejas pero puede no tenerlas, puede contar con los medios para ingerir pero puede no contar con ellos, o con los medios para moverse de aquí para allá pero puede que no, puede contar con un órgano de procreación pero puede que no, puede ser sensible o puede no serlo, e incluso cuando tiene inteligencia puede no tenerla en cantidad suficiente, *como por ejemplo ese holgazán amodorrado que siempre se las apaña para sentarse junto a ti, ese al que, cuando bosteza, le desaparecen los ojos, ¿te has dado cuenta de eso, mi frambuesita?* Así que la vida es taxonómicamente ilimitada pero existe una intención afín a todas sus infinitas variantes —ya sean peces, moscas, escarabajos peloteros, ácaros, gusanos o bacterias—, una intención que la define en todas sus manifestaciones, con o sin facultades

intelectivas: su patética intención de sobrevivir. Porque, naturalmente, nunca lo consigue, ¿*verdad, mi nena frondosa?*, porque si la vida es algo definible de forma infinita, debemos decir que se alimenta de sí misma. Se autoconsume. Y eso no resulta muy tranquilizador si queréis que vuestra conciencia dependa del mundo. ¿No os parece? Si la conciencia existe sin el mundo, no es nada, y si necesita el mundo para existir, tampoco es nada.

Estos eran mis experimentos mentales preparatorios: empezar por una desesperanza filosófica elemental antes de solicitar el rescate a los primeros que dieron respuesta, Emerson, William James, Damasio y demás. Pero debí de mostrarme como un simple depresivo.

¿Quién era el patán?

En realidad no era rival. Alto, esbelto, indolente, con el pelo negro peinado hacia atrás, engominado, como Tarzán. El *quarterback* estrella de la universidad. No tenía la menor opción en cuanto yo entré en escena.

¿Y eso de «nena frondosa»?

Sí, ha sido un lapsus momentáneo, un recuerdo residual de mi novia del instituto, que era la nena frondosa de allí. No Briony. Briony, por pura comodidad, llevaba recortado el vello púbico para hacer su gimnasia con traje de spandex.

Había muchas rubias de la zona oeste en la universidad, pero eran, en su mayoría, estridentemente autoindi-

cativas, chicas con cierta apariencia de cabeza hueca o malicia, o tal vez sus rostros auguraban con demasiada claridad su futuro desmoronamiento cosmético. Briony era de facciones delicadas, su aspecto discretamente aristocrático, uno diría que su lugar estaba en una casa solariega de los Cotswolds o quizá en un *shotel* polaco. Por alguna razón me cruzaba con ella una y otra vez en el campus. La veía montada en bicicleta, en la cola del comedor, hablando con sus amigos. ¿Acaso eso no significaba algo? Cada vez que llegaba a clase, me saludaba con una sonrisa. Le pregunté si accedería a participar como sujeto en nuestro trabajo de laboratorio y aceptó. Así pues, una mañana, cuando coloqué la red de electrodos en su linda cabeza —no se la afeitó, claro, eso no era ciencia médica, sino solo una manera de mostrar la actividad eléctrica de nuestro cerebro—, encontré excusa para remeterle el largo cabello por detrás de las orejas. Inhalé su limpio frescor. Tuve la sensación de estar en un prado bajo el sol. Realicé un gráfico cerebral básico utilizando un electroencefalógrafo que me había llevado al oeste. Una especie de detector de mentiras, muy primitivo, pero útil para Ciencias del Cerebro Nivel I. Mostrándole imágenes, viendo dónde se producían los picos en el gráfico, dónde se asustaba, dónde recordaba algo, dónde se le abría el apetito, dónde se iluminaba ante una insinuación sexual. El ejercicio fue ilustrativo, todo muy elemental, sin abordar las localizaciones. Los otros alumnos, alrededor, observaban y hacían comentarios jocosos. Allí estaba el patán, con una estúpida sonrisa de superioridad en el rostro. Decidí que lo suspendería, aunque eso tampoco

tenía mayor importancia. Pero yo vi cosas que los alumnos no podían ver. Vi cosas de Briony más íntimas que si la hubiera visto desnuda. Aquello no era simple voyeurismo, era un procedimiento cefálico-invasivo, lo reconozco, pero, en suma, no tanto una inferencia científica legítima como una fantasía profesoral.

¿Qué vio?

Una de las fichas mostraba una imagen de un circo de juguete. Un circo de una sola pista: en el centro, un maestro de ceremonias con chistera y pantalón de montar; en el contorno de la pista, mujeres con tutú a lomos de ponis galopando en círculo, y en lo alto un hombre con mallas colgado cabeza abajo de un trapecio y, suspendida de sus manos, una mujer con mallas a juego. Con esa imagen, el trazo de la plumilla prácticamente se salió del rollo. De hecho me causó cierta desazón que las alegrías de una niña fueran aún tan evocadoras.

Y luego la desesperación de mi especialidad. Hay que ser valiente para dedicarse a la ciencia. Reaccioné mal a la publicación de un experimento en el que se demostraba que el cerebro puede tomar una decisión segundos antes de que seamos conscientes de ello.

Eso es inquietante. ¿Y usted discrepa?

Sería fácil discrepar. Decir «Un momento. ¿Eso es duplicable? ¿Se sostendrá?». Pero mi propio cerebro intervino y se declaró solidario con los resultados del experimento. Se realizarán experimentos más complejos y quedará establecido que el libre albedrío es una ilusión.